

Reseña bibliográfica:

How Democracies Die

Steven Leitsky y Daniel Ziblatt

Nueva York: Crown Publishing (2018).

Autor de la reseña: Antonio Bertolini*

El siglo XXI se ha convertido en un escenario de profundas transformaciones políticas que han cuestionado la estabilidad de las democracias modernas, incluso en aquellas naciones que durante décadas se consideraron consolidadas y firmes. Este contexto ha obligado a replantear la idea, extendida en la segunda mitad del siglo XX, de que la democracia era un sistema ya asegurado y poco vulnerable a amenazas internas. Steven Levitsky y Daniel Ziblatt han investigado las debilidades de los sistemas políticos en distintas partes del mundo, desde América Latina hasta Europa. En *How Democracies Die*, publicado en 2018, los autores proponen una pregunta como punto de partida para el análisis, pregunta que durante mucho tiempo parecía ya no tener vigencia: ¿está en riesgo la democracia en Estados Unidos, país considerado un modelo de estabilidad institucional?

La obra tiene como propósito advertir que los procesos de quiebre democrático en la actualidad rara vez ocurren mediante golpes militares o rupturas abruptas, como solía suceder en el pasado. Más bien, la amenaza proviene de líderes electos por la vía democrática que, una vez en el poder, mantienen en pie la fachada constitucional e institucional, pero vacían de contenido la esencia misma de la democracia. Este fenómeno de erosión interna, lento y en ocasiones casi imperceptible, se convierte en el núcleo central del análisis de los autores, quienes sostienen que es precisamente este carácter gradual lo que lo hace más peligroso.

Uno de los aportes fundamentales del libro es el establecimiento de cuatro indicadores que permiten reconocer a líderes con tendencias autoritarias. Estos son: el rechazo explícito o implícito a las reglas del juego democrático, la negación de la legitimidad del adversario político, la tolerancia o incluso promoción de la violencia como herramienta de acción política y, finalmente, la disposición a restringir las libertades civiles y los derechos de quienes se oponen a su gobierno. A través de ejemplos históricos y contemporáneos, los autores demuestran que cuando uno o más de estos indicadores están presentes, el riesgo para las instituciones democráticas es inminente.

Dentro de este marco, Levitsky y Ziblatt subrayan el papel decisivo que cumplen los partidos políticos como guardianes de la democracia. Durante gran parte de la historia de Estados Unidos, estas organizaciones actuaron como filtros que impedían que candidatos extremistas alcanzaran posiciones de poder. Los partidos, al controlar las candidaturas y seleccionar a quienes realmente podían aspirar a cargos de representación, ejercían una función de contención frente a posibles amenazas autoritarias. Sin embargo, las reformas introducidas en el sistema de primarias desde los años setenta redujeron drásticamente este control, debilitando el papel de los partidos como guardianes y dejando que factores como el dinero, la influencia mediática y el carisma personal adquirieran un peso decisivo en la selección de candidatos.

*Universidad Nacional de Lanús, Argentina

Dirección electrónica: bertoliniantonio@unla.edu.ar

<https://orcid.org/0009-0004-8616-3237>

Este debilitamiento institucional abrió la puerta a figuras como Donald Trump, quien, a pesar de carecer de experiencia política y del respaldo inicial del establishment republicano, logró imponerse gracias a su capacidad para aprovechar recursos financieros externos, medios de comunicación alternativos y, sobre todo, el uso intensivo de redes sociales. Según los criterios de los propios autores, Trump cumplía los cuatro indicadores de comportamiento autoritario: cuestionaba abiertamente las reglas del juego, deslegitimaba a sus oponentes llamándolos criminales o enemigos, alentaba discursos de violencia y se mostraba dispuesto a utilizar el poder en contra de sus críticos. A pesar de estas señales evidentes, la dirigencia del Partido Republicano eligió normalizar su figura y permitir su avance, mostrando cómo el abandono de los mecanismos de contención partidaria favoreció su llegada a la presidencia.

Levitsky y Ziblatt explican que los procesos de erosión democrática rara vez comienzan con actos espectaculares o rupturas evidentes. Más bien, consisten en pasos graduales y, en apariencia, legales. Estos incluyen la cooptación de árbitros institucionales como jueces o tribunales, el debilitamiento de la oposición a través de represión o intimidación, y la introducción de reformas constitucionales o electorales en nombre del bien común que, en la práctica, consolidan un poder más difícil de controlar. El carácter legal y aparentemente legítimo de estas medidas contribuye a normalizar el debilitamiento democrático, lo que las hace aún más peligrosas.

En este sentido, los autores sostienen que la Constitución estadounidense, a pesar de su prestigio, no ofrece una garantía suficiente frente al autoritarismo. Su ambigüedad y sus lagunas dejan espacio a interpretaciones que pueden desvirtuar el espíritu de la ley. Por ello, insisten en la necesidad de contar con normas no escritas que refuercen el sistema. Entre ellas destacan dos: la tolerancia mutua, entendida como el reconocimiento de la legitimidad de los adversarios políticos, y la contención institucional, que implica abstenerse de utilizar de manera abusiva las prerrogativas legales para obtener ventajas políticas. Cuando estas normas informales se pierden, el adversario se transforma en enemigo, la polarización se intensifica y las instituciones quedan cada vez más expuestas a la manipulación.

El libro muestra cómo estas prácticas informales comenzaron a deteriorarse en las últimas décadas en Estados Unidos. El surgimiento del *Tea Party* marcó un punto de inflexión, ya que alentó discursos de intolerancia y deslegitimación del adversario, lo cual fue posteriormente capitalizado por Trump. A partir de este escenario, la polarización se profundizó, convirtiendo la afiliación partidaria en una identidad social rígida y reforzando divisiones étnicas, religiosas e ideológicas. La falta de interacción entre grupos sociales distintos, sumada al discurso de exclusión, debilitó aún más las bases de convivencia democrática.

La consolidación del poder autoritario, como señalan los autores, depende no solo de la figura del líder, sino también de la respuesta de quienes lo rodean. En el caso de Trump, los líderes republicanos tuvieron tres posibles caminos: mostrar lealtad incondicional, cooperar con límites o resistirse abiertamente. La mayoría eligió las dos primeras opciones, lo que permitió que su figura se consolidara sin enfrentar mayores obstáculos internos. Este comportamiento, sumado al respaldo de sectores sociales polarizados y a la legitimación electoral, abrió la puerta a daños profundos en el sistema democrático estadounidense.

En sus reflexiones finales, Levitsky y Ziblatt exploran tres escenarios futuros. El primero contempla la posibilidad de una derrota política de Trump, aunque advierten que ello no revertiría por sí solo la erosión democrática, que ya había comenzado antes de su llegada. El segundo, más pesimista, plantea una intensificación del conflicto a través del fortalecimiento del nacionalismo extremo y la respuesta violenta de grupos minoritarios, lo que conduciría a mayores enfrentamientos. El tercer escenario, considerado el más probable, es la continuidad de la polarización y el debilitamiento progresivo de las normas democráticas, incluso más allá de la figura de Trump, lo que configuraría un proceso prolongado de deterioro institucional.

La conclusión general de la obra trasciende el caso de Estados Unidos y ofrece una advertencia de alcance global: hoy las democracias no suelen morir de manera abrupta mediante golpes de Estado, sino que son desmanteladas lentamente desde dentro, a través de procesos legales que van erosionando sus cimientos. Para los autores, la defensa activa de las normas cívicas, el fortalecimiento del rol de los partidos políticos como filtros y la capacidad de resistencia frente a liderazgos autoritarios resultan indispensables para la supervivencia de cualquier sistema democrático.

Estas reflexiones adquieren especial relevancia en América Latina, donde países que parecían democráticamente estables han enfrentado crisis profundas en los últimos años. Ejemplos como Bolivia y Chile muestran cómo la polarización social y los conflictos políticos pueden sacudir regímenes considerados sólidos. En Argentina, aunque las instituciones formales se mantienen, se observa un deterioro de las normas de convivencia y un aumento de la polarización que, de no ser atendidos, podrían derivar en un debilitamiento estructural del sistema democrático.

En definitiva, *How Democracies Die* no es únicamente un análisis académico sobre el caso estadounidense, sino también una advertencia urgente para el mundo entero. La democracia, concluyen Levitsky y Ziblatt, no está garantizada ni siquiera en aquellas naciones que se perciben a salvo. Su preservación exige vigilancia constante, compromiso ciudadano y la construcción de consensos que permitan resistir el avance del autoritarismo.

